

SM  
C<sup>a</sup>2  
96

1815

27

Subrecontrario

Real

Verdadero parangénico del Padre  
San Francisco



1055354

SM C\*2 96

SM  
ca2  
196

# ORACION PANEGIRICA

**EN HONOR Y GLORIA  
DEL GRAN PADRE Y PATRIARCA  
SAN FRANCISCO DE ASIS,**

**QUE**

**EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD CELEBRADA EN SU IGLESIA  
DEL CONVENTO DE LA CIUDAD DE CIUDADELA**

## PRONUNCIÓ

**EL MUY ILUSTRE SEÑOR DON VICENTE PAPELCUDI  
Y CARRERAS PRESBITERO, DOCTOR EN TEOLOGIA Y EN AMBOS DERECHOS,  
ABOGADO DEL REYNO, CANONIGO, EXAMINADOR SINODAL, JUEZ DE  
CRUZADA Y DEL SUBSIDIO ECLESIASTICO, COLECTOR DE ANUALIDADES  
Y VACANTES, PROVVISOR VICARIO GENERAL GOBERNADOR CON REAL  
APROBACION ETC. ETC.**

**SÁLE Á LUZ**

*Á RUEGOS DE ALGUNOS DEVOTOS Y LITERATOS.*



**MAHON:**

**IMPRESA DE D. G. IGNACIO SERRA.  
JUNIO DE 1845.**

rs. 40. 957





EN HONOR Y GLORIA  
 DEL GRAN PADRE Y PATRIARCA  
 SAN FRANCISCO DE ASIS,

QUE

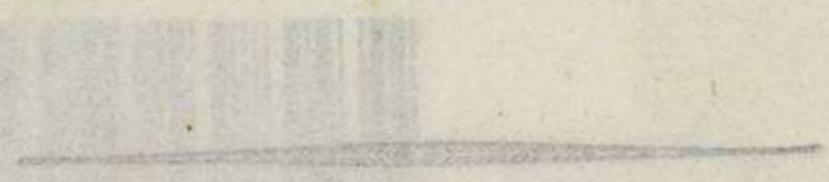
EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD CELEBRADA EN SU IGLESIA  
 DEL CONVENTO DE LA CIUDAD DE CIUDADELA

PRONUNCIÓ

EL MUY ILUSTRE SEÑOR DON VICENTE PAPERUDI  
 Y CARRERAS PRESBITERO, DOCTOR EN TEOLOGIA Y EN AMBOS DERECHOS,  
 ABOGADO DEL REYNO, CANONIGO, EXAMINADOR SINODAL, JURE DE  
 CRUZADA Y DEL SUBSIDIO ECLESIASTICO, COLECTOR DE ANUALIDADES  
 Y VACANTES, PROVVISOR VIGARIO GENERAL GOBERNADOR CON REAL  
 APROBACION ETC. ETC.

SALE A LUZ

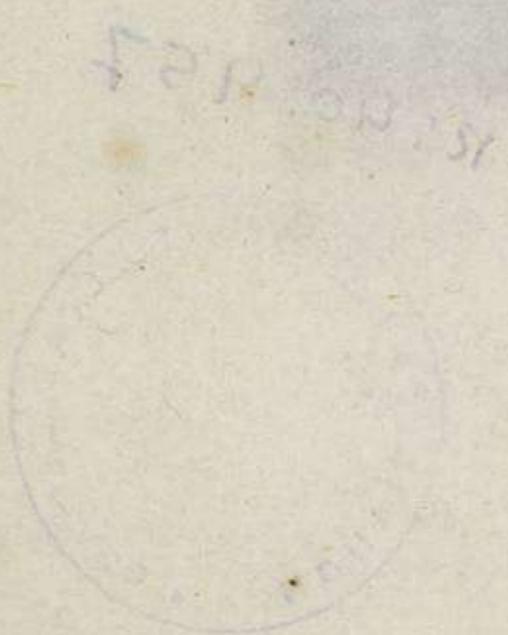
A RUCOS DE ALGUNOS DEPOSITOS Y LITRATOS.



MAHON:

IMPRESA DE D. G. IGNACIO SERRA.

JUNIO DE 1845.



*Si caritatem non habuero, nihil sum.*

Si yo no tubiera caridad, nada soy. S. Pablo en la primera carta á los de Corinto. Cap. XIII. vers. 2.

**L**A caridad: esta bienechora del cielo es, la que constituye nuestra escelencia, y el principal distintivo de todos los Santos. Si el Angel fiel se halla colocado en un grado mas eminente que el del hombre, no es, por la espiritualidad de su ser, ni por la sublimidad de sus luces, ni por la santidad de su oficio, sino que lo es, por la perfeccion de su amor. Si el hombre justo es superior al Angel rebelde, no es, por estar exento de las penas que este padece; sino que lo es, porque es capaz de amor. Si el grande Santo cuya festividad celebra hoy la Iglesia, se distingue de los demas, no es unicamente por el merito de su pobreza voluntaria, ni por los rigores de su penitencia inaudita, ni por la grandeza y estension de su orden; mas si, por la elevacion de su caridad, sin la que no hubiera sido ni pobre, ni humilde, ni penitente, ni contemplativo, ni perfecto, ni milagroso, ni Profeta, ni Patriarca de una ilustre religion, ni un Santo enriquecido con los mas escelentes dones, y abundantes gracias del Cielo. *Si caritatem non habuero, nihil sum*

En cada una de la vida de los Santos, se encuentra un caracter particular que los distingue. Antonio resplandece por su soledad, Augustino por su doctrina, Benito padece, se aparta del trato de los hombres Bruno, Bernardo implora la divina asistencia, anuncia la palabra de Dios Domingo, Ignacio enseña, se consume en caridad Francisco. El uno gime con los penitentes, el otro

evangeliza con los Apostoles, este se sepulta en el olvido, aquel muere con los Martires, Francisco ama con los Serafines. En esto consiste su caracter y el fundamento de sus demas virtudes. Sufrir las adversidades con resignacion, aliviar las del proximo con humildad, no valerse de la prosperidad que la fortuna le proporciona, ver la de los demas sin codicia, moderar sus deseos, olvidar sus intereses, ser constante en la adversidad, firme en la fe, permanente en la esperanza, inmovil en su amor; ¿son estos los efectos de la caridad que describió en otro tiempo San Pablo, ó mas bien los de la caridad que ha practicado San Francisco? Yo los confundo, y no llego á observar que discrepen en nada unos de otros; pues que veo la vida de Francisco comprendida en todas las obligaciones que prescribe la caridad. La caridad es su distintivo, su perfeccion, su santidad; es el alma de todas sus virtudes, y el fundamento de todas sus glorias.

Mas no juzgueis que yo pretenda en esta mañana entretener vuestra atencion en tantos objetos diferentes; yo me contentaré unicamente en describir las tres cualidades principales que el Apostol atribuye á la caridad, y que forman todo el caracter de nuestro heroe. La caridad es liberal, es paciente, es eterna: como á liberal le despoja, como á paciente le inmola, como á eterna le inmortaliza. Una caridad liberal le despoja, constituyendole padre de los pobres, *benigna est*; primera reflexion. Una caridad paciente le inmola, formandole modelo de los penitentes, *patiens est*; segunda reflexion. Una caridad eterna le inmortaliza, haciendole fundador de una grande orden, *caritas numquam excidit*; tercera reflexion. En esto consistirá toda mi idea. Voy

á probarlo, en cumplimiento del honroso encargo, que vosotros ó hijos de Francisco, habeis tenido la bondad de confiarme en este dia; pero antes para el acierto necesito de los auxilios de la divina gracia, ayudadme los á implorar por los meritos de Jesucristo, y la intercesion de Maria Santisima. Ave Maria.

**PRIMERA REFLEXION.**

Desear á los hombres cuanto pueda serles util, y remover cuanto pueda perjudicarles, atendidos su estado y oficios, y guardando aquella economia y prudencia, que la misma caridad prescribe: estender esta beneficencia de palabra y de obra á todas sus necesidades, asi del cuerpo como del espiritu, segun nuestra posibilidad y facultades: no escluir de tan indispensable obligacion, ni al gentil que sobre sus aras sacrilegas ofrece inciensos al idolo á quien adora; ni al verdadero creyente, que con sus delitos insulta la magestad del Dios á quien confiesa; ni al enemigo mismo, que de cualquier modo procura la infamia y ruina del inocente á quien persigue: concebir finalmente á favor de todos, sin escepcion de uno solo (porque las distinciones de nacimiento y fortuna, de religion y de clima, de abundancia y pobreza, de sabiduria y de barbarie, son desconocidas en el gran libro de la caridad, que abraza todas las edades y condiciones) concebir, digo, á favor de todos, aquel afecto generoso y tierno, que mas bien sabe sentirse que esplicarse, en cuya virtud transportada el alma, cree ver en las tristezas y alegrías, en el bien y mal ageno, su propia felicidad ó desgracia, tales son en compendio y por mayor las reglas del amor del

proximo. Observadlas por un momento os ruego, y vereis que los medios de santificarnos con los bienes del mundo son unicamente, ó el desprenderse de ellos, ó el de cederlos á los demas, y el de abandonarlos frecuentemente. Desprenderse de ellos, esto es un precepto del Evangelio; cederlos á los demas, esto es una ley fundada en la misma naturaleza; abandonarlos con frecuencia, esto es uu milagro de la gracia; milagro que la caridad obró en el grande Francisco. Todos los hombres han contraido una obligacion indispensable de glorificar á Dios, por la gloria que se le debe á titulo de su observancia, y por la grandeza de sus perfecciones, á las que es necesario rindamos nuestros homenajes y nuestro culto. Pero los medios de que se han servido los hombres para tributar á Dios sus obsequios, no han sido siempre los mismos. Los unos se han valido de su poder como David, los otros de su fortaleza como Sanson, estos de su sabiduría como Salomon, aquellos de su celo como Elias. Job se vale de su paciencia, Abraham de su fe, José de su pureza, Francisco se vale de su caridad. Nacido este heore con una fortuna y licito patrimonio, que no podian objetarle ni los crímenes de su padre ni los suyos, sino que la buena fe del comercio y un inocente trabajo le habian acarreado; su corazon nunca jamas se aderió á ellos; pues que la gracia apartó bien pronto de él aquellos bienes que la naturaleza le habia concedido, la caridad los repartió con abundancia, y su virtud los abandonó para siempre. ¿Hallaremos por ventura en ningun otro mas que en Francisco de Asis una caridad practicada con prontitud, con abundancia, é irreprehensible en sus motivos? El se desprende de todo lo que posee sin

demora alguna, lo da todo sin que le quede ningun recurso, lo abandona todo sin repugnancia ninguna.

1. Francisco se desprende primeramente de todos los bienes que posee por ser un precepto contenido en el Evangelio, y lo que es mas que comienza á desprenderse de ellos desde la juventud: desde la juventud, en la que regularmente no se desea otra cosa mas que la abundancia y riqueza, en la que se perciben las suavidades sin amargura, en que la religion debil aun, no puede tener sobre nuestro espiritu mucho ascendiente, en que la concupiscencia quiere triunfar de nuestras debiles fuerzas; en esa edad en que las pasiones parece que nunca se satisfacen, en que la ambicion edifica tantos vanos proyectos; en esa edad, en que el lujo como si fuera indispensable, la vanidad honesta, licita la diversion, la ambicion decente, vergonzoso el desapego de las cosas terrenas y caducas; en esa edad en fin en que una prudencia mal entendida introduce la deshonestidad, la forma la educacion y el mundo la aprueba; desprenderse digo en estas circunstancias, es, lo que el mundo llama locura, y esto mismo es, lo que Francisco practica con animo y valor. La naturaleza le habia concedido con profusion los tesoros de las virtudes morales. La discrecion, la modestia, la afabilidad, la candidez, un corazon noble, generoso y sensible á las necesidades y miserias, le fueron como á naturales. Pero entre todas estas eminentes cualidades la liberalidad le dominaba. Francisco en una edad muy tierna tenia ya una viva inclinacion en dar mas allá de lo que le permitian sus fuerzas, sin pretender otra recompensa en sus liberalidades, mas que el gusto de ejecutarlas. Y asi como la

gracia no destruye la naturaleza, sino que la purifica, y perfecciona, trocando las cualidades morales en virtudes cristianas; del mismo modo la liberalidad natural de Francisco consistió en un desapego y cristiano desasimiento de las riquezas, en un amor ardiente á la pobreza evangelica, que produjo desde sus principios aquella tierna y sobrenatural compasion hacia los menesterosos. Dios nuestro Señor le habia infundido dice San Buenaventura, la compasion hacia los pobres; porque en lugar de permitir que su corazon corra en pos del amor de las criaturas, viste desde su niñez muy pobremente; é indiferente por los bienes del mundo, los ve en su familia sin orgullo, los multiplica en su comercio sin usura, los distribuye en las miserias publicas y particulares sin restriccion ni reparo alguno: victorioso de las inclinaciones terrenas que la abundancia inspira en los de su edad, Francisco es rico para ser liberal, y la unica conveniencia que saca de sus bienes es, la gloria de repartirlos.

Era preciso que esta indole amorosa, de que le dotó el Cielo formara la mayor parte de su merito: ella á la verdad le hacia amable á los ojos de los hombres, y agradable á los de Dios: todos veian en Francisco con esta dulzura enlazar prodigiosamente aquel precioso conjunto de calidades eminentes, que son como los cimientos del heroismo, á que caminaba con pasos agigantados. Descubria en su niñez una alma grande, adornada de talentos y virtudes, liberal, obediente, humilde, mortificado y devoto; diriais que habia resucitado en Francisco, el espiritu de Samuel en Palestina, entregado todo al culto, y obsequio de Dios en el templo, ó el de Tobias en la Siria todo ocupado en alimentar

9  
á los hambrientos, y vestir á los desnudos, procurando de este modo no solo el desprenderse de todos sus bienes, si que tambien el cederlos á los demas como una ley fundada en la misma naturaleza que asi nos lo prescribe.

2. La caridad que tiene el privilegio de llegar á la mansion eterna de los bienaventurados, y unirlos estrechamente con los seres inmortales que la habitan, puede unicamente en aquel lugar tener toda la estension que la es propia. Poseiendo entonces como poseeremos bienes eternos, podremos comunicarlos abundantemente á los demas sin que por esto desmerezcamos en nada; á diferencia de los bienes de este mundo que por abundantes que sean siempre son limitados. Bien persuadido Francisco de esta verdad, cede todo lo que tiene sin reserva ni excepcion de personas, porque su amor es propio de un serafin y no de un puro hombre, es propio del Cielo y no de la tierra. Este héroe tan célebre por sus virtudes, admiracion del mundo por el general desapego de los bienes terrenos, no fia Dios su formacion espiritual á otra mano que á la suya. Si, él mismo Jesucristo se le manifiesta en aquella figura, en que le vió el Sol que presenció su muerte, abandonado de sus amigos, desamparado de su Padre, pobre, cubierto de sangre, y le intima un precepto mas duro todavia, que el de Abraham: apartate le dice, de todo lo que amas, ven á internarte en un camino, donde no hallarás otros vestigios, que mi sangre, y para que recibas esta prenda de mi amor, es preciso, es indispensable que lo dejes todo, que lo renuncies todo: *vade, vende que habes et da pauperibus.*

Esta es Señores, la época de la renuncia mas solem-

ne que ha visto el mundo, de aquella abnegacion solo semejante á si misma. Francisco se halla ya en aquel grado de perfeccion que alaba San Geronimo en los Apostoles. ¡Ojalá apareciesen aqui los monumentos eternos que acreditan su caridad. Ellos sabrian mejor que yo describir lo mucho que Francisco hizo para con el proximo, por haber seguido exactamente las reglas que esta preciosa virtud nos enseña. Ellos nos pondrian delante de nuestra vista las ruinas del Santuario, ya regandolas con sus piadosas lagrimas, ya reparandolas con sus inocentes manos. Nos traherian á la memoria, las muchas veces que cubria á los pobres, á estos miembros é imagenes de Jesucristo con sus propios vestidos, los alimentaba con lo que él necesitaba para sí, los curaba con humildad y sumision en sus enfermedades, y sin reparo alguno los estrechaba entre sus brazos con una terneza inesplicable para consolarlos. Nos dijeran que si bien es verdad que por algun tiempo maneja ricas mercancias, las franquea á un Sacerdote para adorno y reparo de un templo; que si vé grandes tesoros en las arcas del poderoso Bernardon su padre, no puede sufrir que los fieles depositos de la Providencia sirvan á la avaricia. Nos harian presente que Francisco no solo era pobre que mendigaba de puerta en puerta, sino que lo era de todo corazon; que era aquel codicioso perfecto de la Santa pobreza, que se devoraba, se conturbaba, se affigia derramando copiosas lagrimas al ver los miserables, y aumentando su fervor hasta querer sufrir él solo las necesidades de cuantos pobres tiene el mundo: y es cierto que de este modo vendriamos en conocimiento que todo lo que respiraba en él, era olor de suavidad que sube

hasta el trono del Altísimo. Veríamos que su desprendimiento le sometió á aquella absoluta indigencia, que tanto temia Salomon, y que venció aquellos espíritus valientes á quienes no pudo postrar el temor de la muerte, segun la observacion de San Ambrosio. Veríamos que este abandono general de todo bien terreno le adquirió por escelencia el titulo de pobre, y que forma su caracter y su gloria, asi como le formaba el de Abraham su fe, el de Bautista su penitencia, y el de Pablo su zelo por la exaltacion del nombre de Jesus.

¿Cuántas veces, semejante á aquellas nubes que no guardan que la tierra pida el agua para comunicarla con abundancia, sale Francisco á buscar los miserables, les socorre en sus necesidades á fin de libertarse del peso y zozobra que le causan los bienes que su industria ha recogido, haciendose de este modo miserable por ellos mismos? ¿Cuántas veces despues de haber distribuido todos los bienes que llevaba consigo, se vé obligado á mendigar como los demas pobres? ¿Cuántas veces despues de haberse despojado de su propia ropa, para vestir á los desnudos, se ve precisado á cubrirse con los andrajos que estos dejaban? ¡Que espectaculo tan asombroso fué para la Ciudad de Roma cuando al salir este joven de la Basilica de San Pedro y hallando una multitud de pobres que pedian limosna, les distribuyó todo el dinero que á la sazón tenia, y trocó con el mas infeliz su vestido, quedando entre ellos todo aquel dia! ¡Que admiracion causaría á la ciudad de Eugubio, cuando le vió servir á los leprosos del hospital cubierto con una tunica, que uno de aquellos habitantes le habia prestado! ¡Que edificacion tan grande para la ciudad de Asis, cuando despues de

haber él sacrificado para remedio de los menesterosos, las primicias de su establecimiento, el fundamento de su fortuna, el precio de sus justos trabajos, y una porcion de los bienes de su padre, le vió mendigar de puerta en puerta para hallar consuelo! Pobres de Jesucristo vosotros experimentasteis á ese sustituto de la Divina Providencia, cubrir muchas veces con sus propios vestidos vuestra desnudez, socorrer vuestras necesidades con su alimento, curar con sus propias manos vuestras enfermedades. Iglesias destrozadas de San Damian y de la Porciuncula vosotras visteis muchas veces rociadas vuestras ruinas con las lagrimas de Francisco, recibisteis los subsidios que os procuraron sus fervorosas diligencias, os visteis obligadas aceptar las copiosas limosnas que os abundaba, sin embargo de oponerse sabiamente vuestros ministros; precenciasteis restituido el antiguo decoro de vuestros altares, y restablecida la primera forma de vuestras ruinas; visteis por ultimo á este segundo Noe continuar la obra que habia principiado, y á pesar de su pobreza, halla suficientes caudales con que reparar la casa del Señor, y hacer brillar el lugar en que habita su gloria: *in paupertate mea præparavi impensas domus Domini, et locum habitationis gloriæ tuæ.*

Estas liberalidades de Francisco indignaron sobre manera á su padre, quien no menos rico que interesado procura parar á nuestro heroe en la carrera de su caridad, porque la considera como á diminucion de su fortuna. Las frecuentes y abundantes limosnas del hijo, irritan la colera del padre, y su avaricia representa á Francisco como un hijo disipador y prodigo. Viendo el padre que ni las amenazas, ni los azotes, ni las

carceles no son suficientes para conformarle con sus designios, le propone el que renuncie solemnemente su herencia. ¡Que hará Francisco en esta ocasión! ¿Se entristecerá de semejante proposición? ¿Se arrepentirá de sus anteriores limosnas? No Señores, el título de pobre contiene en sí mayores atractivos para nuestro Santo, que la calidad de heredero y rico. Su corazón, es un corazón muy vasto, muy noble, muy cristiano para poder satisfacerse con la mera esperanza de las riquezas. La sola inmensidad de Dios, es capaz, de premiar su corazón, la sola confianza en Dios, es capaz de contentarle. Persuadido de que un cristiano nunca se halla mas opulento, que despues de haberlo abandonado todo para seguir á Jesucristo, contesta á su padre, que de su herencia solo se reserva el derecho de rennnnciarla, y que no pudiendo las riquezas ser objeto de su caridad, es preciso lo sea el de su desprecio. Sentimiento el mas heroyco que la Religion le inspira, que la confianza en Dios le fortifica, y que eleva sobre de si mismo. Y si Salomon temiendo igualmente la riqueza y la pobreza, pide á Dios que le dé unicamente lo necesario, Francisco mas magnanimo y mas confiado que Salomon, desea, busca, abraza la pobreza. Porque ¿que motivos de confianza en Dios nos demuestra cuando en compañía de su padre y penetrado de la mayor alegría comparece delante del Obispo de Asis para ejecutar su piadoso y noble designio, dando de este modo una prueba la mas convincente de su generosa y universal renuncia? Aqui es donde abandona solemnemente todos sus bienes, y aunque pudiente por derecho de sangre y nacimiento, se hace el mas pobre por pura voluntad y eleccion. Aqui es don-

de hablando á su padre con un language, que no ha pronunciado todavia otra lengua, le dice, venerado padre, si os quejais de la disposicion que hago de vuestros bienes, yo renuncio toda mi herencia, y si no estais contento aqui teneis mis vestidos, y hasta mi camisa, disponed de ellos como gustareis. Los siglos equivocarian, este espiritu con el de Job, cuando decia, desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á las entrañas de la tierra; pero Francisco es demasiado conocido, y el mundo sabe que no se ha visto un hombre de este caracter.

El mundo ha producido con admiracion alguna vez, ciertos hombres por haber abandonado una parte de sus bienes, pero con retencion de lo demas para socorrer sus necesidades. Asi es que Zaqueo distribuye la mitad de sus bienes, reservandose la otra para sí. Mas abandonarlo todo, renunciar toda esperanza, despojarse de sus mismos vestidos, es lo que constituye la heroicidad de la pobreza de Francisco, quien unicamente espera en Dios, y para quien Dios es todas las cosas. *Deus meus et omnia*. Ahora si que podré yo decir, exclamaba él, que Dios nuestro Señor es mi padre, mi sustento, mi herencia, y todas mis cosas, *Deus meus et omnia*. Francisco es aquel pobre evangelico, que ha puesto en Dios todos sus tesoros y confianzas, porque la renuncia de sus bienes, no es un consejo de vanidad, sino que es obra de la gracia de Jesucristo, no es una industria mundana, sinó una maxima evangelica, no es una confianza en los hombres, sinó una confianza en Dios. *Deus meus et omnia*. No es pues de admirar que Francisco hablando con aquella sencillez que le era propia, dijese que la pobreza era su madre, su

esposa, su hermana, su señora y el objeto de sus delicias. Esta virtud era como el esmalte, que daba un bello resorte á la joya preciosa de su santidad heroica; descollaba entre las estrellas de sus prerogativas como el sol entre los astros. Estaba tan enamorado de su ejercicio, que si hablaba de él, lo hacia con tal energía, que acreditaba con sus elogios el aprecio con que miraba un acto tan noble. Esta propencion como innata á socorrer la agena miseria, empenó aquel generoso corazon á difundirse, noblemente prodigo, en el socorro de los pobrecitos. En todos los periodos de su vida, desde que nació al mundo, hasta que renació para el Cielo, cuando niño, cuando joven, cuando religioso, fué en este asunto un milagro, porque dió cuanto tenia, y aun cuanto necesitaba, quedandose él verdaderamente pobre.

3. En efecto, por lo que llevo dicho hasta ahora, vemos á Francisco confundido con el heroismo de algunos otros, que no han llegado á su perfeccion. Los motivos de sus grandes profuciones, que le distinguen de los demas consisten en que, él considera á Jesucristo, por ser un misterio de fé, padeciendo en los infelices y desgraciados; mira la pobreza de estos no como un crimen de la fortuna ó desgracia, sinó como una señal de la pobreza de su Divino Maestro. Si, Francisco persuadido que en la persona del pobre no se encuentra solo un hombre, sino tambien la persona del mismo Jesucristo, le busca, corre con pasos apresurados tras de él, y al hallarle considera que es Jesucristo quien mendiga, quien llora, quien suspira, quien alarga la mano para recibir el alimento. ¡Ah! que leccion para nosotros, si estubieramos adornados con la

hermosa virtud de la fé! Ella nos enseñaría que cuando vemos á ese pobre postrado sobre unas duras pajas, esclamaríamos que es Jesucristo que se halla en el establo: cuando vieramos á ese otro en las carceles cargado con cadenas, esclamaríamos que es Jesucristo agobiado y afligido con la cruz: cuando observasemos á aquel estenuado sobre el lecho del dolor por falta de sustento, diríamos que es Jesucristo que muere sobre el calvario. Y en verdad ¿porque razon adoramos nosotros á Jesucristo en el Sacramento del Altar? ¿No es por ventura porque él ha dicho que por las palabras de la consagracion se convierte el pan en la substancia de su cuerpo? ¿Pues y porque no hemos de persuadirnos que se halla tambien en la persona del pobre, cuando él mismo nos lo asegura, y que recibe lo que le damos? De aqui deduce un padre de la Iglesia que Jesucristo tanto en la Eucaristía como en la persona del pobre debe ser para nosotros un misterio de nuestra Religion. En el primero está cubierto bajo las especies de pan, en el segundo lo está moralmente bajo las apariencias de un hombre miserable; en el Tabernaculo es el objeto de nuestro culto, en la persona del indigente, es el objeto de nuestra caridad, allá nos comunica sus gracias, aqui espera nuestros servicios; allá nos alimenta con su carne, aqui le alimentamos con nuestros bienes: el Sacramento del Altar, si, es mas grande, mas magestuoso que el de los pobres, pero el Sacramento de los pobres es mas sensible que el del Altar. De este modo han comparado siempre los Santos la Eucaristia con la caridad. ¡Y que bien lo entendió asi Francisco de Asis!

Despues de haber él contemplado las misteriosas ti-

nieblas de los misterios de nuestra Religion, registraba las tinieblas de las obscuras prisiones: despues de haber sumido el cuerpo y sangre de Jesucristo, buscaba las lagrimas de sus hermanos: despues de haber gustado en su corazon la presencia de todo un Dios, se apresuraba á consolar los afligidos dignos de su compasion: del altar acudía á los calabozos, del Santuario, á los hospitales, de la accion de gracias, á la limosna, y á pesar de la distancia de los lugares, su caridad le transporta cual otro Elias sobre un carro de fuego, al lugar santo donde se hallan sus hijos enfermos para animar su zelo y fé. Su caridad le multiplica en alguna manera, segun las diferentes necesidades, le hace comparecer en un mismo tiempo en Asis y en Roma, le hace presente por todas las partes en que la necesidad del proximo le llama, y comunicando á su cuerpo, la inmensidad de su corazon, el mundo entero no es mas que un punto indivisible para él. Su caridad le conduce de hospital en hospital, y triunfando de su natural repugnancia se humilla, se arroja, se postra á los pies de los leprosos, besa sus llagas, y con este fuego de la caridad que indistintamente distribuye por todo el mundo, las purifica. Yo le observo con un corazon inocente, exento en un todo de las viciosas inclinaciones que nos sujetan á mil miserias, codicioso de los tesoros de la fé, ingenioso en el comercio de la caridad, ambicioso por la sola virtud, y elevandose con sus alas de fuego que esta caridad le comunica, le despoja como á liberal; pero ella tambien le inmola como á paciente. *Caritas patiens est.*

**SEGUNDA REFLEXION.**

Uno de los errores en que los hombres fundan su salvacion, consiste muchas veces, en que cumpliendo con las reglas que nos impone la virtud de la caridad, podemos libertarnos de hacer penitencia; en que redimiendo nuestros pecados con las limosnas, estamos exentos de purificarlos con nuestras lagrimas. Y de aqui proviene sin duda alguna, la relajacion de muchas personas, cuya distincion debia conservarlas en un grado de honor el mas condecorado; de aqui despreciados muchos ayunos, violados muchos preceptos, olvidados muchos pecados, fundados en la vana confianza, de haber distribuido algunas limosnas; como si el arrepentimiento fuese destinado para aquellos en quienes la fortuna escaseó la abundancia; como si la caridad sirviese de impedimento para la mortificacion. Error, que el Apostol de las gentes quiso ya en otro tiempo confundir, pues que despues de haber dicho que la caridad era liberal, añade luego que es penitente: si, élla es benigna para con los demas, pero rigida para si; ingeniosa en aliviar los trabajos del proximo, mas ingeniosa en imponerse á si misma; pronta en perdonar las faltas de los otros, mas pronta en vengar las propias. Y tal fué el modo de obrar de nuestro Santo. Aunque él haya distribuido todos sus bienes, no por esto se considera libre de padecer, sino que añade á esta liberalidad una penitencia inesplicable, persuadiendose que si la obligacion del que ama al proximo consiste en despojarse de lo propio para socorrerle, la obligacion del que ama á Dios consiste, en sufrir por su gloria.

¡Ah! ¿y quien es el que ha padecido tanto como Francisco de Asis? y por lo mismo ¿quien es el que ha amado tanto como él? ¿que Santo ha sostenido con tanto valor los oprobios de la cruz? ¿ha llevado hasta las estremidades sus rigores y abatimientos, y haya sido un vivo y fiel retrato del Dios crucificado? Sabido es que Jesucristo sufrió no menos en su espíritu, que en su cuerpo; el triste aparato del suplicio y muerte siempre presente á su alma, la sumergió en una tristeza mortal, el furor de los verdugos encarnizados sobre su cuerpo fueron otros tantos martirios, cuantos fueron sus diferentes miembros, y la caridad que le privó, por decirlo así de su gloria, fué la de sacrificarse por nosotros. Esta misma caridad es, la que une á Francisco con la de Jesucristo, haciendole sufrir en su espíritu. ¿Que agonía para él cuando ocupado en las asperezas de la cruz, delinea allá en su inmaginacion las sangrientas circunstancias de la pasion de su maestro, le sigue en todas sus humillaciones, se enternece al considerar sus grandes suplicios, y se inmola mil veces todos los dias cual otro Apostol en sacrificio á Jesucristo! ¿Que combates los mas violentos padece interiormente cuando la caridad le inspira unas resoluciones tan opuestas á la naturaleza, cuando le dicta unos deseos los mas eficaces para alcanzar el martirio, emprendiendo para este efecto tres viages para Africa, cuando se propone practicar una penitencia sin alivio en sus rigores, una penitencia sin interrupcion en su perpetuidad, una penitencia sin detencion en sus humillaciones públicas! ¿Y se dará por satisfecho en la sola meditacion de la cruz? No, porque si no encuentra sobre la tierra otros verdugos que le martirizen, se arma con-

tra si mismo, y emprende una penitencia que se opone directamente á la que podemos nosotros practicar. Porque asi como nuestra penitencia tiene de ordinario los defectos de ser floja, despues de grandes pecados, de ser breve, despues de faltas inveteradas, y de ser oculta, despues de escandalos públicos; la de Francisco es rígida, es perpetua, es pública.

1. Yo he afirmado en primer lugar, que la penitencia de Francisco es rígida. La penitencia para que sea fructuosa cuando queremos satisfacer por nuestros pecados debe imitar la justicia de Dios, dice Tertuliano, y la justicia de Dios no puede menos de ser rígida porque ella lo vé todo, lo castiga todo, lo proporciona todo, y tal es la penitencia de Francisco por juzgar asi de su estado. La caridad que disimula en él, los defectos de sus hermanos, le descubre todos los suyos, y cuanto mas conoce á Dios, tanto mas se conoce á si mismo. Este Santo viendo cual otro Agustino lo muy separado que se halla de su Dios, adquiere un santo horror de si mismo, y se irrita contra sus pecados. Señor exclamaba él, yo debiera ser vuestra imagen, y no observo en mi otra cosa mas, que imperfecciones, extravios, y deslices en mi corazon, rebeliones en mi carne, y todo yo no soy mas que pecado; y por lo mismo que vé todas sus faltas, procura castigarlas con todo rigor. Si él, en algun tiempo ha permitido á sus ojos algunas miradas con alguna advertencia, les condena á llorar para siempre. Si siente en su carne una ley que repugna á la recta razon, la castiga con toda especie de mortificacion. Yo, decia Francisco debo entrañarme con la tierra porque todos me pisen, y de hecho manda á uno de sus hijos que le ponga el pié en la boca, por-

que yo soy decia como otro Isaias, mas inmundo delante de Dios, que lo son á los ojos de los hombres los asquerosos andrajos. Yo, decia él, me fingiré loco para ser el oprobio de los pueblos, y lo hizo con efecto en Foliño burlando la pompa y concurso con que intentaban recibirle. Yo quiero ser el último de mis Religiosos, quiero que me traten como á un pecador ingrato, y para acreditarlo, manda á uno de ellos que le llamen enbustero, reservado, escandaloso; y si Dios pone en los labios de su consternado hijo palabras de alabanza, como lo hizo con Balaam, Francisco se aflige, y se queja seriamente de su inobediencia. El desea ser tratado como delincuente, y cual otro Jeremias se hace conducir á la plaza, con las manos atadas, con un dogal al cuello, y sin mas vestido que el de la honestidad, y colocado en el cadalso de los malechores, gritaba, no como el Profeta consternado por los males, que habian de sobrevenir á Jerusalem por los Babilonios, sinó como verdadero humilde por los castigos á que él era acreedor por sus pecados.

¿Pero y porque he de pretender entrar por menor en todos los rigores de su penitencia? Vosotros Angeles del Cielo como únicos testigos que fuisteis, debeis instruirnos en todo lo que practicó nuestro Santo. Si, á vosotros toca por gloria suya patentizarnos lo que él ocultó con tanto cuidado, y poner delante de nuestra vista esos señales que imprimisteis en su cuerpo, esos monumentos eternos de su amor por la cruz, esos caracteres sangrientos por medio de los cuales le veo heroicamente confundido con Jesucristo, y con los cuales nos juzgará en algun dia juntamente con él. Es preciso pues oyentes, castigar como Francisco todas

nuestras culpas y delitos, pues que debe haber proporcion entre el pecado y la penitencia, entre la injuria y la satisfaccion. ¡Ah! es en esto, sin duda alguna grande Santo, que faltasteis. ¿Porque que proporcion puede haber entre vuestras leves faltas, y vuestras horrorosas é inauditas mortificaciones; entre algunos movimientos pasajeros de concupiscencia, y unos rigores continuos; entre una chispa de impureza, y los torrentes de lagrimas que dimanaban todos los dias de vuestros ojos; entre ligeras distracciones, y vuestro cuerpo tendido sobre esos montones de nieve, que el Señor habia preparado para el dia de vuestras tentaciones, y de vuestros combates, como dice la Escritura Santa?

2. Mas no he dicho todavia lo bastante. Francisco sabe que por rígida que sea la penitencia renace siempre en nosotros la depravada concupiscencia, y que por lo mismo es indispensable perpetuarla; sabe que el hombre de la gracia, desnudo del hombre de Adan, negado así mismo, y que no piensa sinó en su abatimiento y desprecio, suspira por los trabajos, los busca con inquietud, y encuentra en la cruz de Jesucristo una dulzura y alegria mayor. Por esto es, que el Apostol San Pablo escribiendo á los Romanos y con ellos á todos nosotros, desea ofrezcamos á Dios, nuestros cuerpos como un sacrificio vivo, santo, y agradable á sus ojos; unos cuerpos purificados por la penitencia, y afligidos con los rigores de una vida toda cristiana. ¿Y donde hallaremos nosotros un sacrificio tan perfecto que nos sirva de modelo? Fijad vuestra vista sobre Francisco, y vereis que para imitar á Jesucristo se ha hecho un hombre de dolor, y mortificacion. Le vereis como David ceñido con un cilicio, domando su cuerpo

por medio del ayuno, y mezclando el manjar con la ceniza: le vereis como los Ninivitas, su rostro palido, sus ojos derramando lagrimas, sus piés desnudos: le vereis como Juan Bautista que admira á todos los que observan su grande penitencia: le vereis como Pablo, llevando una vida mortificada y llena de trabajos: le vereis semejante á los solitarios de Egipto, de la Tebayda, y de la Siria, que inmortalizaron su nombre por la penitencia. Si, la ansia de padecer de Francisco crece mas y mas, y se enciende con los mismos trabajos cual otra llama impelida por el viento. Tan distante de pedir á su alma como Elias, que se separe del cuerpo, de suplicar como Job al que le formó que rompa los lazos de su mortalidad; su corazon humilde no se alimenta sinó con tratamientos de esta naturaleza. Ansias de muerte, fuisteis sin duda una especie nueva de martirio. Tu, Angel tutelar de la Iglesia, que detuviste el golpe del acero ¿no advertiste que si para Abraam fué motivo de consuelo tu providencia, para Francisco fué de dolor y amargura? La privacion del martirio le empeñó en una larga y rigurosa muerte por la penitencia. Se enfurece contra si mismo, inventa todos los dias alguna nueva austeridad para mortificar su cuerpo y su espiritu, su lecho consiste en el duro suelo, observa siete cuaresmas, y el ayuno es perpetuo por decirlo así. ¿Cuántas veces se arroja como Benito en las espinas? ¿Cuántas en el hielo como Bernardo? ¿Cuántas en el fuego para conservar mejor su Angelical pureza, constituyendose de este modo por su grande mortificacion y penitencia una viva espresion de la vida de Jesucristo y de sus penas, segun el consejo del Apostol? En vano piden justicia la desnudez, el hambre, el sue-

ño, la debilidad, porque sentencia definitivamente que es necesario añadir nuevas maceraciones. ¡Cuántas veces Angeles consoladores apresurasteis el velo para sostenerle en los deliquios, que producía la falta de la sangre derramada! ¿Y que hubiera sido de él, si él hombre Dios no hubiera reanimado su vitalidad con la sangre de su costado, cuando le vió caído y sin espíritu el monte Alverno? Esta vida observa desde la juventud hasta la ancianidad, viendose obligado á pedirle perdón á su cuerpo, estando para morir, por sus malos tratamientos, como lo ejecutó efectivamente.

3. Y no solo esto, si que en lugar de esconderse en el desierto como los Amalecitas, viendose ridiculizado por los hombres á causa de la simplicidad de su estado, practica la penitencia á vista de todo el mundo, familiariza los hombres con ella, acostumbra sus ojos á sostenerla, la establece en las principales ciudades, la introduce hasta las Cortes de los Principes, y condenando á todo el Universo en su persona, se gloria en aquello mismo que para los demas pudiera ser vergonzoso, y facilita con su ejemplo virtudes contrarias al parecer á la naturaleza humana, é insoportables al orgullo. A vista de un tal ejemplo no nos avergoncemos de hacer ostentacion de nuestras buenas obras, á fin que por ellas sea glorificado nuestro Padre que está en los cielos. Porque; ¿que importa que el mundo nos condene, si el Señor nos justifica? *Qui judicat me Dominus est.* Así hallaremos como Francisco la gloria en nuestras humillaciones. Y despues de haber sido inmolados acá en la tierra nos inmortalizará como él, *Charitas nunquam excidit.*

### TERCERA REFLEXION.

Mientras que la fé y la esperanza mueren con el hombre, la caridad existe y triunfa entonces con mayor grandeza que cuando vivía, y por élla es que nuestro Santo se inmortaliza. Vosotros habeis visto á Francisco anonadado y aniquilado delante de los hombres por el desprendimiento de todos sus bienes, é inmolado por el sacrificio de su cuerpo, y por lo mismo parece que su memoria está ya extinguida; pero no, no, él vive, y vive no solo en el seno de Dios, á donde la caridad le condujo, como su centro, si que vive en la tierra, en donde esta misma caridad le anima y alenta en la persona de sus hijos. Porque si Francisco fué un fiel imitador de Jesucristo, ¿no era por ventura acrehedor á la misma recompensa? Si Jesucristo por haberse hecho pobre, á fin de enriquecernos con su pobreza, heredó á todas las naciones, ¿no será justo que Francisco sea tratado como él? quiero decir, que la misma caridad que le despojó, le engrandezca ahora, y que la Iglesia á quien con tanto esmero sirvió le sea tributaria, y que la tierra á quien despreció y holló sea su herencia? Si Jesucristo por haber inmolado su cuerpo natural en la cruz, mereció que su Padre Eterno le diese otro, y que con la sangre que dimanó de sus llagas, formase la Iglesia, este cuerpo mistico, en donde nunca morirá, ¿podía menos Francisco gozar de las mismas preeminencias? es decir, que la penitencia que le inmoló con Jesucristo le haga revivir con él, que con la sangre que virtió formase nuevos miembros, y que despues de haber fallecido en un cuerpo mortal, viva en un cuerpo glorioso, quiero decir en esta santa orden en donde sus virtudes nunca faltarán?

Facil me sería si no temiese ser demasiado prolijo, tejer una série de hechos que acreditarán esta verdad. Dios nuestro Señor que glorificaba á nuestro Santo por tantos extraordinarios caminos, si, quiso honrarle con el glorioso caracter de Patriarca de una Ilustre orden de pobres evangelicos. Muchos ansiosos de su salvacion, no contentos de ver los prodigios que obraba en su predicacion, corren tras de él, para que les dirija. Francisco condesciende á los buenos deseos de esos hombres, forma una regla para su direccion, y determina fundar un nuevo instituto. Pero deseoso al mismo tiempo, que su empresa sea autorizada con el sello de la Iglesia, se dirige á Roma en compañía de sus discipulos, y presenta el plan de su instituto al Sumo Pontifice. Luego que este nuevo Moises manifiesta al pueblo las tablas de la ley, los prudentes del siglo desaprueban la rigidez de su pobreza. Pero ¿quienes son los hombres para preguntar á Dios sobre sus consejos? El Cielo aprueba mas bien este instituto, é Innocencio III. enseñado por una vision celestial y convencido de la marivillosa sencillez, pureza de corazon, firmeza de animo, y ardiente zelo de nuestro Santo, vence toda dificultad, y lo ratifica. La religion Seráfica obtiene desde luego nuevo incremento, pues que desde lo interior de varios reynos se presenta á Francisco una multitud de hombres con el objeto de agregarse á su orden. No pudiendo ya la Porciuncula, primer convento que se estableció, contener en sí el número de sus hijos, se estiende por toda la Europa. Pero ¿que regla, permitidme señores, os pregunte, que regla es esta, que Francisco se propone? una regla que conteniendo los preceptos y consejos evangelicos, ofrece á sus profesores la paz y la miseri-

cordia. Una regla que ha santificado millones de almas, que ha establecido la observancia del evangelio amortiguada yá, que ha despoblado el Egipto del siglo para poblar el desierto, y que ha llenado de Santos los altares: una regla, que ha convertido el suelo de la Iglesia en el bello recinto de una Jerusalem santificada. Tal es oyentes la regla que recibió Francisco del Señor para sus religiosos, y tal como esta es, la otra regla, que dictó el Divino Espiritu para sus religiosas. Pero viendo todavia Francisco que todo esto no es bastante para condescender á los deseos de los que le siguen, forma un tercer proyecto para reducir á una diciplina mas exacta las costumbres de los pueblos, y escribe otra tercera regla para una tercera orden, en que sin salir cada uno de su estado, entre en la clase de los hijos de San Francisco, y consiga observandola la vida eterna. Todos le apellidan nuestro Padre, confesando con esto ingenuamente ser Francisco como un padre universal de todos los vivientes, y como un reparador magnifico de toda la Iglesia.

¿Será pues extraño cuando he dicho que la caridad que despojó é inmoló á Francisco, le haya inmortalizado en su orden? Para su mayor convencimiento atended, que sus hijos son los que han llevado el Evangelio de Jesucristo á la Africa, á la Asia, á la América; éellos han santificado millones de almas en el nuevo mundo, los pueblos mas viciosos se ven reformados y renovados por la predicacion de esos hombres. Las tierras mas idolatras y supersticiosas, se hallan dichosamente congregadas bajo el estandarte de la cruz por medio de los hijos de Francisco. De este arbol frondoso han brotado muchos Pontifices, Cardenales, Patriarcas, Ar-

zobispos, Obispos, Martires de la fé, Virgines para el Paraiso, interpretes de la escritura, zelosos Predicadores. Yo observo una multitud de Hereges y pecadores de España, Francia é Italia, sentados en las tinieblas de la muerte, que no hubieran visto amanecer la verdadera luz que encendió delante de sus ojos un San Antonio de Padua. Yo veo un Capistrano presentarse con el mayor denuedo delante de los Principes de Boemia á fin de animarles, para promover la empresa de atajar las rápidas corrientes del furor Otomano. El nombre dulcísimo de Jesus no tendría hoy en la Iglesia la veneracion que tiene, si hubiera faltado un Bernardino de Sena. El misterio de la Purisima Concepcion, ¿cuando hubiera llegado á la gloria de ser tan venerable en la Iglesia, si no fuera por los hijos de Francisco? Veriamos sin duda profanados los lugares santos de Jerusalem, en los que se fraguó nuestra redencion, si no existiesen hijos de Francisco que los defendiesen y mantubiesen con veneracion.

Si, esta corporacion es, grande Santo la que animais aun con vuestro espiritu; esta corporacion en la que vuestra pobreza se perpetua, vuestra penitencia se renueva, vuestra caridad se estiende por todo el universo; esta corporacion en fin que será siempre uno de los mas firmes é incontrastables apoyos de la Iglesia á la que defiende por sus martires, la honra por sus virgenes, la hace conocer por sus predicadores, la gobierna por sus Pontifices y que triunfará eternamente con élla en la gloria.

*Mahon 29 de Junio de 1845.*  
*Gaspari Ferrer*



